

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL:

Dr. Javier Garciadiego Dantan

Sillón: 12

2 de septiembre de 2008

Respuesta del Dr. Enrique Krauze

**DISCURSO DE INGRESO DEL DOCTOR JAVIER GARCIADIEGO
DANTAN, COMO MIEMBRO DE NÚMERO A LA ACADEMIA
MEXICANA DE LA HISTORIA, LEÍDO EL DÍA 2 DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO DE 2008**

**Distinguidos miembros de la Academia Mexicana de la Historia,
Estimados colegas,
Señoras y señores,
Amigos todos:**

Por la insuperable generosidad de los miembros de esta Academia me encuentro en este honrosísimo pero agobiante trance. Su temeraria invitación a que ingrese a esta respetadísima corporación es doblemente honrosa, pues se me ha ofrecido la silla número 12, ocupada hasta su muerte por la muy encomiable Beatriz Ramírez Moreno de de la Fuente.

Enumerar las aportaciones y logros de Beatriz de la Fuente es una tarea grata y aleccionadora. Su carrera académica fue completísima, y destacó en todas las facetas que ocuparon sus empeños. En tanto investigadora, sus estudios monográficos son auténticas aportaciones en su campo de estudio, la historia del arte del México antiguo. Generosa, no sólo escribió obras de recia investigación e imaginativa interpretación, como *Los hombres de piedra*, sino que también nos dejó varios utilísimos catálogos sobre la escultura olmeca, huasteca y tolteca. Como docente y directora de un medio centenar de tesis de posgrado, Beatriz de la Fuente se ganó el respeto de sus alumnos y la devoción de sus discípulos. Otra actividad en la que destacó fue la de dirigente de instituciones académicas, en particular del Instituto de Investigaciones Estéticas, su segunda casa.

La faceta que más admiro de Beatriz de la Fuente es su liderazgo del Seminario sobre la Pintura Mural Prehispánica en México, compuesto por una treintena de investigadores de las más diversas disciplinas humanísticas —historiadores del arte, arqueólogos, epigrafistas—, de las llamadas ciencias naturales —biólogos y químicos—, así como por arquitectos y astrónomos. Analizada en conjunto la obra de Beatriz de la Fuente, resulta evidente una evolución admirable, pues pasó de una historia del arte ‘clásica’ a una perspectiva multidisciplinaria. Era una humanista que no desatendía las innovaciones científicas y tecnológicas que pudieran ser útiles en su campo de estudio. También admiro la amplitud de sus intereses: Beatriz de la Fuente fue experta en todo el arte prehispánico, desde la escultura pétreo, que da la impresión de ser

eterna, hasta la pintura mural, de gran riqueza pictórica y cromática pero desgraciadamente delicada y vulnerable. La amplitud de sus estudios también es cronológica y geográfica, pues hizo notables aportaciones sobre el arte de todas las grandes culturas que se desarrollaron en mesoamérica: la olmeca, maya, zapoteca, mixteca, teotihuacana, tolteca y azteca. Es incuestionable que la monumental *Pintura Mural Prehispánica* es una de las obras más ambiciosas y mejor logradas de la historiografía mexicana de los últimos veinte años.

En términos temáticos y cronológicos, sus obras y mis intereses no son sólo distantes sino antagónicos. Ella se dedicó a la historia antigua de México; yo, en cambio, a la más reciente. Ella se dedicó a un aspecto hermoso de nuestro pasado, al espléndido arte prehispánico; yo me dedico a la Revolución Mexicana, etapa llena de horrores y violencias. A pesar de tan obvias diferencias, con Beatriz de la Fuente tuve ligas viejas y profundas. Explico: mi padre fue discípulo del suyo, el psiquiatra don Samuel Ramírez Moreno. En mi casa su nombre siempre fue dicho con enorme admiración y gratitud. Más aún, mi padre y su marido, don Ramón de la Fuente, fueron condiscípulos y amigos. Permítanme compartir una última confidencia familiar: en un ya lejano septiembre de 1951, el día 5 para ser preciso, mi madre y Beatriz coincidieron como parturientas. Su hijo Juan Ramón y yo nacimos el mismo día, en el mismo hospital y con el mismo ginecólogo. Tan sólo un par de horas nos separaron. En la sala de espera los colegas intercambiaron abrazos e ilusiones.

Seguramente por todo esto, cuando muchos años después me encontraba con Beatriz, ella ya consumada maestra, yo apenas incipiente historiador, me trataba siempre con el cariño que se tiene, como coloquialmente decimos en México, a todo niño al que se conoce 'desde recién nacido'. En nuestro caso, la frase no era metafórica.

Señores académicos, el haberme asignado ustedes la silla 12, la de Beatriz de la Fuente, me emociona íntima y profundamente. Si estuvo cerca de mí el día que nací, el resto de mi vida agradeceré esta muestra postrera de su generosidad. Por cierto, elegancia, generosidad y sabiduría fueron siempre sus principales virtudes. Ojalá las heredara junto con la silla.

Permítanme referirme ahora a otro destacado miembro de esta corporación, don Luis González, en particular a sus ironías contra la historiografía que se desarrolla alrededor de los aniversarios y las festividades. Coincido con él en que los historiadores no debemos limitarnos a enriquecer, con erudición aparente, los calendarios cívicos. Sin embargo, es peor un historiador olvidadizo que uno efemerístico. Por lo tanto, elegí como tema para mi discurso de ingreso la entrevista que Porfirio Díaz concedió al periodista James Creelman, publicada hace un siglo, a principios de 1908.

Pensar en ella me hace recordar a Pandora y a su desdichada caja, la que inundó de males la tierra luego de haber sido imprudentemente abierta. Algo parecido sucedió con la entrevista Creelman, decisiva para el estallido de la

Revolución Mexicana. Fue tal su importancia, que resulta comprensible su omnipresencia en nuestra historiografía. Don Daniel Cosío Villegas aseguró, en su estilo sentencioso, que de la entrevista Creelman se había escrito “mucho” pero “con poco acierto”. Paso ahora a exponer a ustedes los resultados de mi estudio, deseando desmentir tan contundente juicio. Comenzaré analizando su naturaleza y carácter; luego reviso los procedimientos mediante los cuales se acordó la entrevista, así como el contexto sociopolítico en el que se dio. Acaso lo más relevante sea el análisis de los diversos objetivos que tenía Díaz, partiendo del supuesto de que eran varios, pues ningún político acomete una acción con apenas un escenario en mente. Igual de significativo es el análisis de las recepciones que los diferentes grupos políticos de entonces dieron a la entrevista. Sobre todo, deben analizarse sus efectos reales, para sólo así intentar una evaluación final de la entrevista.

NATURALEZA DOBLE

La llamada ‘entrevista Creelman’ fue en realidad un largo reportaje titulado “El presidente Díaz. Héroe de las Américas”. Casi alcanzaba las cincuenta páginas, aunque generosamente ilustradas, y apareció a principios de 1908 en una revista norteamericana que disponía de un enorme número de lectores de clase media y alta, con cultura general. Su amplia circulación obligaba a los políticos a leerla.

El reportaje tiene dos partes claramente distinguibles. La primera mitad está dedicada a los mensajes políticos de don Porfirio. Además de justificar su régimen, fueron tres sus principales declaraciones políticas: que estaba resuelto a dejar el poder en 1910, sin importar lo que dijeran sus “amigos y partidarios”; que muchos compatriotas ya estaban “preparados para escoger a sus gobernantes sin peligro de revoluciones”; que aplaudiría la creación de un partido opositor que no buscara la destrucción del país.

La segunda parte del reportaje no incluye declaraciones de Díaz, sino que conjuga una breve biografía de éste, abiertamente laudatoria, con una breve síntesis de la historia nacional, en la que don Porfirio es considerado el más importante personaje de la segunda mitad del siglo XIX, incluso superior a Juárez, pues si éste “inició” la Reforma, fue Díaz quien la completó. Al analizar la batalla del 5 de mayo de 1862 contra las tropas francesas Creelman minimiza los méritos del general Zaragoza al asegurar que don Porfirio —segundo en el mando— fue “la más arrojada y heroica figura en la lucha de ese día”. Los elogios mayores, sin embargo, no los dirige al gran militar sino al futuro gobernante, al afirmar que “el soldado se convirtió en estadista”.

Los últimos párrafos del reportaje expresan claramente uno de los objetivos de Díaz: mejorar su imagen ante la clase política, el sector empresarial y la opinión pública norteamericanas. Sin embargo, no se limita a mejorar dicha imagen en Estados Unidos ni a destacar las buenas relaciones entre ambos países. También incluía un velado mensaje para favorecer al presidente norteamericano Theodore Roosevelt. Habría elecciones a finales de ese 1908 y

Roosevelt deseaba un tercer periodo presidencial, poco usual en la historia norteamericana pero todavía no prohibido por su legislación. Seguramente esto explica el reiterado argumento de Creelman, partidario del partido Republicano, de que el gobierno de don Porfirio había sido ciertamente prolongado pero también notoriamente provechoso para México. Obviamente Díaz se confesaba partidario del principio reeleccionista, sin más cortapisas que el deseo de la mayoría de los ciudadanos. Incurriendo en una imprudente intromisión, se permitió decir que “sin la menor duda” una nueva reelección de Roosevelt fortalecería a Estados Unidos. No fue ésta su única imprudencia. Había más, varias más, muchas más.

EL REVÉS DE LA TRAMA

¿De quién fue la idea? ¿Se buscó la entrevista? ¿Le fue propuesta a Díaz? ¿Por qué la aceptó? ¿Por qué James Creelman? ¿Por qué en ese preciso momento? ¿Cómo se planeó? ¿Cuáles fueron los preparativos? ¿Quiénes fueron los encargados de organizarla? Por la dimensión del reportaje, la influencia de la revista, el prestigio del periodista y el rango del entrevistado, es obvio que fue una entrevista cuidadosamente preparada. Es más, tuvo que tener elementos organizativos en ambos países. De allí que sus supuestas imprudencias y fallas tengan que ser analizadas con seriedad.

Sorprendentemente, se llegó a negar la autenticidad de la entrevista. Según el político e ideólogo Francisco Bulnes ésta nunca tuvo lugar y fue más bien un “falso marco” a una “especie de manifiesto político” hecho por Díaz “para impresionar a las dos naciones”, y se atrevió a decir que don Porfirio lo había escrito “con el asentimiento” de Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores. Tan provocador como intuitivo, Bulnes había acertado parcialmente en su diagnóstico. Contra lo que afirmaba, la entrevista era auténtica; como lo supuso, en su contratación estuvo inmiscuida la cancillería mexicana. Sin embargo, no fue el secretario Mariscal el involucrado sino el embajador mexicano en Washington, Enrique Creel. Para convencer a Díaz, éste le aseguró que quien lo entrevistaría era un periodista “conocido en todo el mundo” como corresponsal de guerra y por sus entrevistas a personalidades como León XIII o Tolstoi. Por si su argumento resultaba insuficiente, le aseguró que gozaba de las confianzas del presidente Roosevelt y del secretario de Estado William Howard Taft. También intervino en su favor el embajador norteamericano en México.

A las virtudes del periodista se agregaban las de la revista donde publicaba. La *Pearson's Magazine* era muy leída, pues incluía temas de arte, literatura y política; también era una revista de entretenimiento, a la que se le adjudicaba la publicación del primer crucigrama. Si Díaz estaba satisfecho del periodista, pocos reparos podía poner a la muy difundida *Pearson's Magazine*.

Así se explica que haya aceptado inmediatamente la entrevista. La redacción y publicación del reportaje no tomaron mucho tiempo. Los primeros reclamos tampoco. Para comenzar, se aseguró que la entrevista era superficial, pues Creelman apenas había estado “unas cuantas semanas en México”, por lo

que sus conocimientos de los aspectos históricos, económicos y políticos de México eran “incompletos”; se afirmó también que la entrevista era parcial, pues su única fuente de información eran “los labios” de don Porfirio; peor aún, alguien lo rebajó a mero escritor sensacionalista y se dijo que era inmoral, pues Creelman era “un agente asalariado de la prensa”. Para colmo, también fue acusado de haber cometido un plagio. Un último reclamo tenía que ver con el nacionalismo de buen número de los políticos e intelectuales de entonces, los que cuestionaron a Díaz por haber dado tan importantes revelaciones a un periodista extranjero.

LOS OBJETIVOS DESEADOS

Una vez conocido el contenido doble del reportaje, y sabida la mecánica como se concertó, conviene indagar sobre los objetivos de Díaz al aceptar la entrevista y al elaborar sus respuestas. Dado que se trata de una entrevista puntualmente organizada y de la que se tenían grandes expectativas, seguramente hubo un cuestionario previo, o cuando menos algunos lineamientos. ¿Dónde quedó dicho cuestionario? ¿Dónde los bocetos de las respuestas? ¿Alguien ayudó a don Porfirio a elaborarlas?

Si bien no es posible determinar quiénes aconsejaron a Díaz sobre el tipo y contenido de sus respuestas, el tenor de éstas permite hacer algunas deducciones. Consecuente con la estructura doble del reportaje, don Porfirio tenía dos objetivos, uno nacional y otro internacional. Por lo que se refiere a este último, Bulnes creía que lo primero era agrandar y engañar al presidente Roosevelt; por su parte, Emilio Rabasa aseguró que parecía que Díaz intentaba justificar ante Washington “su larga permanencia en el poder y la manera de ejercerlo”. Unos consideraban satisfactorias las relaciones entre ambos países y creyeron que sólo se pretendía mejorar la imagen de México, como país ya democrático, pues eso le traería mayores créditos e inversiones foráneas. Otros, en cambio, estaban alarmados por el deterioro de las relaciones y aseguraron que la entrevista buscaba convencer a los políticos norteamericanos, quienes comenzaban a mostrarse reacios a don Porfirio.

Algunos críticos y opositores detectaron también el objetivo internacionalista: uno de los principales periodistas católicos percibió la inquietud de los inversionistas norteamericanos por la edad de Díaz, y su enojo por los favores que otorgaba a los europeos. Por su parte, un cercano colaborador de Madero señaló que don Porfirio buscaba legitimar ante el extranjero su nueva reelección. Una posición extrema alegaba que las declaraciones de Díaz fueron producto de “la presión” de Washington, pues urgía satisfacer “la incertidumbre de los capitalistas”. En tanto mensaje tranquilizador para los Estados Unidos, el reportaje insistía en la buena salud de don Porfirio y en la gran calidad de sus colaboradores. Otras versiones igualmente radicales sostienen que la presión fue porque el gobierno norteamericano deseaba comprometer a don Porfirio con la aceptación de un cambio ordenado que implicara la llegada al poder de un hombre más joven y democrático; o porque querían conocer la actitud de Díaz respecto al siguiente periodo gubernamental. Todas estas apreciaciones coinciden en que la

entrevista había sido formulada “exclusivamente para el extranjero”, que era “un artículo de exportación”. Falso: don Porfirio nunca hubiera intentado engañar a los Estados Unidos, ofreciendo retirarse para luego permanecer en el puesto. A mi modo de ver, el problema fue que Díaz no calculó que el doble contenido del reportaje tendría, consecuentemente, dos tipos de lecturas: las frases que buscaban apaciguar a la clase política, al empresariado y a la opinión pública norteamericanas, tendrían en México el efecto contrario: aquí generarían ansiedades y agitación.

Más sorprendente es que Díaz sólo esperara resultados benéficos de la difusión de la entrevista en México. Tal parece que nunca se imaginó que pudiera tener efectos negativos. Aventuro una primera explicación: hacia 1903 se había diseñado una mecánica sucesoria sustentada en el reestablecimiento de la vicepresidencia; así, el vicepresidente sería el compañero de fórmula electoral escogido por el propio presidente, y su sucesor en caso de fallecimiento. Con las declaraciones hechas por don Porfirio se revertía la estrategia sucesoria: el establecimiento de la vicepresidencia ocultaba que la presidencia de Díaz se había hecho vitalicia, pero con las propuestas de don Porfirio se invitaba a buscar libremente un sucesor. Varios lo percibieron así, tanto en el campo de la oposición como en los círculos porfiristas; más aún, todos coincidieron en las causas: el vicepresidente Ramón Corral había mostrado notables incapacidades. Cansado “de no encontrar” a su alrededor quien pudiera ser su sucesor, don Porfirio buscó provocar “un movimiento de la opinión pública con la esperanza de que brotaran nombres prestigiados apoyados por grupos serios y numerosos”. De ser cierta esta versión, los ‘científicos’, grupo al que pertenecía Corral, debieron molestarse con Díaz. Contra estas afirmaciones, una lectura atenta del reportaje completo permite afirmar lo contrario: Díaz intentaba presentar y respaldar al grupo de los ‘científicos’ como idóneo para sucederlo, pues resulta revelador que en la edición original aparezcan sendas fotos de Limantour, Corral y Creel, con comentarios elogiosos de los tres. En cambio, a los anti ‘científicos’ Mariscal y Reyes no se les menciona.

También hubo quienes, conociendo las estrategias y tácticas de Díaz, le atribuyeron objetivos acordes con sus reputados estilos y procedimientos. Por eso se dijo que lo que se proponía era “poner a prueba a sus partidarios”. También se afirmó que lo que realmente buscaba era engañar “a sus rivales” fomentando sus aspiraciones al puesto, lo que puede entenderse como un señuelo tendido al general Reyes; peor aún, se insinuó que las declaraciones eran “una trampa” para “descubrir a sus enemigos”: quienes se movilizaran confiados en sus “perversas” declaraciones, encontrarían persecuciones y violencia.

Otro objetivo que seguramente estuvo en las intenciones de Díaz era un procedimiento recurrente en él: la llamada ‘comedia del ruego’; esto es, amenazar con retirarse de la política, seguro de que sus colaboradores y partidarios le solicitarían que permaneciera en la presidencia, legitimando así su reelección. Don Porfirio creyó que en 1908 podría recurrir al consabido procedimiento, seguro de que los interesados en la continuación de su gobierno se movilizarían “para

retenerle en el puesto”. El problema es que la reelección de 1910 tenía características muy particulares: para comenzar, Díaz tendría ochenta años y su salud comenzaba a declinar; además, las amenazas de retiro no habían sido hechas, como siempre antes, a sus amigos y colaboradores más cercanos, sino a la opinión pública mexicana y a la clase política y empresarial norteamericanas. Por tener dos destinatarios, sus promesas resultaron contradictorias y antagónicas: mientras los mexicanos debían aprestarse a una nueva representación de la ‘comedia del ruego’, en Estados Unidos debían considerar verídica su tardía conversión democrática. Es indudable que a Díaz le hubiera convenido “no abrir la boca” y desarrollar su estrategia “a puerta cerrada”, como lo había hecho en las anteriores reelecciones.

Díaz tuvo otros objetivos: uno, mundano y humano: pareciera que simplemente llegó a la edad en que uno se somete al instinto que nos manda hacer balances y dar consejos. Otra finalidad era propia de los políticos que dejan testamentos para la patria, no para sus familiares, en los que anuncian lo que no pudieron realizar durante su mandato. Por último, acaso tuvo otro objetivo igualmente humano pero no tan mundano: tal vez don Porfirio quiso pasar a la historia como un demócrata. Dado que no podía alegar que sus gobiernos habían sido democráticos, aspiraba a que se le viera como el estadista que había puesto las condiciones para que el país pudiera acceder a ese tipo de sistema político. Una de las principales aseveraciones de Díaz fue que el país finalmente había madurado lo suficiente para arribar, sin riesgos, a la etapa de la libre competencia política. Lo que pretendía era que se le considerara el responsable de “poner al país en situación de realizar ese cambio”, reconociéndosele que durante su largo mandato el pueblo había madurado mediante la educación, el trabajo y la estabilidad política, conformándose así una apreciable clase media, única creadora de la “forma democrática de gobierno”. Si ya se le consideraba ‘héroe de la guerra y de la paz’, el constructor del México de ‘orden y progreso’, ahora aspiraba a que se le atribuyera también la modernización política. El elogio sería rotundo: “caudillo hasta ayer de la paz, desde ahora paladín de la democracia futura”.

Su aspiración de trascender como heraldo de la democracia fue rápidamente cuestionada. Se rechazó que el país estuviera ya en condiciones de alcanzar la democracia, y se afirmó que el culpable era el propio Díaz, pues nunca se había “preocupado por preparar al pueblo” para que entrara al ejercicio de sus derechos. Al contrario, “jamás” lo había permitido, por lo que se dudó “que sinceramente deseara preparar el paso de su gobierno personal y de larga duración a otro más ajustado a la ley”. Considérese otro argumento: si deseaba un futuro democrático para el país, ¿por qué no empezó a prepararlo en las elecciones municipales, estatales y legislativas? Recuérdese que los comicios locales de su último periodo presidencial, los de 1909, se hicieron “según las prácticas antiguas” y nada se hizo para modificarlas, desmintiendo así lo prometido un año antes.

RECEPCIÓN Y LECTORES

La hipótesis de que el reportaje estaba dirigido a dos públicos se confirma por su estrategia editorial. En México se publicó parcialmente en *El Imparcial*, periódico de todas las confianzas de don Porfirio, que sólo tradujo la primera parte. El carácter oficialista del periódico permite afirmar que fue decisión de Díaz compartir con algunos mexicanos sus reflexiones sobre la coyuntura política.

¿Cuál fue el impacto del reportaje de Creelman entre los mexicanos? ¿Qué recepciones tuvo? ¿Qué percepciones generó? Obviamente, en un país con un enorme número de analfabetos y en el que la mayor parte de la población habitaba en el medio rural o en poblaciones pequeñas, el acceso al reportaje fue minoritario. Sin embargo, uno de los mayores errores de Díaz fue creer que la entrevista sería poco leída. Don Porfirio no entendió que el crecimiento de la clase media, generado por ‘el orden y el progreso’, implicaba un aumento del sector politizado del país. Tampoco percibió que las críticas de los magonistas, los pleitos entre ‘científicos’ y reyistas y las represiones de Cananea y Río Blanco habían multiplicado el interés por la política. Por último, Díaz no entendió la paradoja de que si sus anteriores reelecciones habían dado lugar a la despolitización, la de 1910, por su edad, produjo el efecto contrario. Asimismo, el carácter novedoso de la entrevista motivó a amplios sectores de la clase media a leerla.

En principio, las diferentes posturas pueden ser agrupadas en progubernistas y opositoras, si bien dentro de estos grandes apartados hubo varias tendencias. Para comenzar, los políticos más cercanos a Díaz, como algunos miembros de su gabinete, inmediatamente buscaron convencerlo de volver a reelegirse y de no alentar la creación de un partido opositor sino de construir uno gubernista. De hecho, algunos ‘científicos’ creyeron que la recomendación de que se organizaran partidos políticos iba dirigida a ellos, para que alcanzaran el poder con absoluta legitimidad y no como una simple herencia.

Los gobernadores también solicitaron que don Porfirio revocara su amenaza de no reelegirse en 1910. Según los gobernadores de Coahuila y Nuevo León, no sólo sus estados sino “toda la frontera” norte estaba en desacuerdo “con semejante determinación”, lo que sabían por una ‘consulta’ hecha en sus estados. A su vez, el gobernador de Guanajuato aseguró que no había que hacer cambios puesto que la situación era satisfactoria, y Teodoro Dehesa, de Veracruz, se refirió a Díaz como “insustituible”, asegurando que “su merecida apoteosis” era morir en la presidencia.

Por su parte, el movimiento reyista padecía una grave dualidad: por un lado estaba Bernardo Reyes, gubernista; por el otro los reyistas, parcial y crecientemente opositores. Si el primero se pronunció por la permanencia de Díaz en el poder, los segundos percibieron que se modificaban radicalmente sus expectativas políticas, pues desde la postulación del ‘científico’ Corral a la vicepresidencia en 1904 muchos habían decidido alejarse de los asuntos

electorales. Ahora, los anuncios hechos a través de Creelman los “hicieron volver al campo político”. En efecto, muchos reyistas creyeron que las revelaciones de Creelman eran una velada recomendación a que se organizaran y asumieran actitudes propositivas; creyeron también que don Porfirio estaba reconociendo una supuesta equivocación en sus preferencias de 1904.

Los católicos politizados, si bien no eran críticos contumaces de Díaz, tampoco eran parte de su aparato gubernamental, lo que no los hacía partidarios de su permanencia en el puesto. Impedidos legalmente de tener una institución política, y por lo mismo un candidato propio para suceder a Díaz, su desinterés fue comprensible: todo el asunto les pareció una “comedia”. Los católicos aprovecharon el pretexto para expresar su nacionalismo cultural, mostrándose molestos de que la entrevista se hubiera conocido primero “en yanquilandia”.

El antirreeleccionismo todavía no existía como movimiento organizado. Sin embargo, Madero y quienes luego serían los principales dirigentes ya habían comenzado a militar en la política opositora. Para éstos, Díaz sólo buscaba “legitimarse” en Estados Unidos con sus declaraciones, pero reconocían que éstas servirían para “despertar” a muchos mexicanos. Fue Madero quien con mayor claridad entendió los límites y potencialidades de las declaraciones. Como lo dijo a varios correligionarios, no debía creerse en ellas, pues Díaz mentía, pero había que aprovechar la oferta respecto a construir partidos políticos. Madero fue claro en su recomendación: “explotar” la entrevista para “levantar el espíritu público y causar mayor efervescencia”.

En el movimiento magonista, el más consolidado y radical de todos los grupos opositores, no hubo eco a las confesiones hechas a Creelman. Su situación concreta y el radicalismo que estaba asumiendo explican su silencio. Durante el año de 1908 Ricardo Flores Magón estuvo encarcelado en la prisión del condado de Los Angeles y su periódico *Regeneración* no pudo publicarse. De las casi treinta cartas suyas de ese año que se conservan, más de la mitad fueron para su compañera y el resto para sus camaradas. En ninguna hace alusión al reportaje. Es casi seguro que tuvo conocimiento de él, pero para 1908 el magonismo rechazaba las contiendas electorales y ya sólo confiaba en los grandes cambios sociopolíticos obtenidos mediante la violencia. De hecho, ese año tenía programada una insurrección. La entrevista Creelman no podía motivar a los radicales; no estaba dirigida a ellos. Esto explica que los más interesados al principio fueran los diferentes grupos que rodeaban a Díaz, tanto los que aspiraban a heredarlo ahora que supuestamente se disponía a retirarse, como los que requerían de su presencia para mantenerse en el aparato gubernamental.

LAS DIFERENTES PERCEPCIONES

Una vez analizadas las posiciones asumidas por los diferentes grupos políticos, conviene recuperar algunas de las reacciones que provocó la entrevista. En términos generales, no fue bien recibida cuando se le conoció en México. Claro está que algunos intelectuales jóvenes la aplaudieron, porque se refería al futuro,

y que los periódicos porfiristas le hicieron grandes elogios, como el que aseguró que “era un rayo de esperanza”. Ciertamente es también que muchos mexicanos confiaron en la entrevista a pesar de que Díaz había llegado al poder, treinta años antes, mediante la promesa incumplida del antirreeleccionismo. Esto se debió a que la entrevista Creelman tenía elementos que la hacían parcialmente verosímil. Por ejemplo, el haberse comprometido internacionalmente a dejar el poder daba a sus promesas “un valor diferente”; además, en esta ocasión la ‘comedia del ruego’ no había sido una estrategia cupular; por último, la avanzada edad de don Porfirio justificó que muchos acreditaran “sinceridad” en su aparente deseo de descansar. El que en 1908 sus ofrecimientos parecieran “verídicos” y esperanzadores fue lo que los convirtió en decisivos.

También fueron numerosos los que consideraron erróneas e imprudentes sus declaraciones. Era erróneo dar oportunidad a los descontentos de manifestar abiertamente sus reclamos, pues ello correspondía al líder de un movimiento social, no al jefe del Estado. Era igualmente erróneo generar expectativas: después de lo dicho a Creelman iba a ser casi imposible reelegirse. Eran erróneas porque partían de un diagnóstico excesivamente optimista y notoriamente equivocado de la situación: Díaz creyó que eran muchos los que apoyaban su gobierno e insignificante el número de sus oponentes. Eran también erróneas porque se equivocó de escenario: apelar a declaraciones estruendosas a través de medios amplios de comunicación era ‘norteamericanizar’ la política mexicana. Sobre todo, cambió intempestiva e ilógicamente de personalidad política: frente a Creelman don Porfirio se atrevió a contradecir “los viejos principios de su política”. El promotor del lema ‘poca política y mucha administración’ alborotaba ahora a su ‘caballada’; el discreto se tornó locuaz; en otras palabras, la esfinge se convirtió en oráculo.

Además de errónea, la entrevista era contraria a la naturaleza y temporalidad del sistema político porfirista. Éste descansaba en la centralidad y permanencia del caudillo; era típicamente decimonónico; en cambio, lo que Díaz prometió a Creelman era un sistema político moderno, de siglo XX. El error fue no haber liquidado al primero ni preparado el nacimiento del segundo. A su vez, la actividad política de entonces era absolutamente predecible, pero con sus promesas don Porfirio reintrodujo la ya superada incertidumbre, la que trajo la participación política de buena parte de la población. Para colmo, la entrevista era contradictoria con la propia biografía del mandatario y evidenció un total “desacuerdo con su modo de pensar y de proceder”: era obvio e indiscutible que sus declaraciones “contrariaban de una manera flagrante muchos hechos capitales de su vida”. Contradecía también su supuesta personalidad, pues el férreo mandatario daba la impresión de haber envejecido y de haberse convertido en un hombre inseguro. Además de errónea y contradictoria, fue extemporánea, porque a diferencia de sus reelecciones anteriores, las que organizó en plazos muy reducidos, ahora la adelantó más de dos años, lo que permitió una contienda política prolongada. Por último, también fue irresponsable, pues después de treinta años de gobierno Díaz se disponía a dejar el poder sin contar con un sucesor que lo satisficiera: en efecto, nadie hubiera podido imaginar que el esforzado don

Porfirio dejara a quince millones de mexicanos en la incertidumbre con un simple 'me voy'.

Entre los críticos y opositores predominaron dos percepciones no necesariamente contradictorias entre sí: por un lado había incredulidad y desconfianza; por el otro, muchos consideraron que las promesas de Díaz legitimaban su movilización política. En un gobernante que era visto como el responsable final de las duras presiones contra la prensa crítica, de las persecuciones a los magonistas y de las matanzas de Cananea y Río Blanco, sus declaraciones a Creelman se consideraron un compromiso de no reprimir; por eso muchos usaron el término "salvoconducto".

El recuento de todos estos argumentos es incontrovertible: la percepción final sobre las revelaciones de Creelman fue negativa. Para ratificarlo basta constatar la coincidencia de grupos y personajes claramente antagónicos: para un periodista abiertamente favorable a Díaz, como Nemesio García Naranjo, la entrevista fue "lamentable"; para uno de oposición como Carlo de Fornaro, fue "pérfida". Si para uno de los mayores jefes del grupo 'científico', como Limantour, fue "imprudente", para uno de los principales líderes del reyismo, como José López Portillo y Rojas, fue "funestísima", hasta "suicida". Los epítetos pueden multiplicarse: para Victoriano Salado Álvarez, literato y diplomático cercano a Enrique Creel, fue "malhadada"; para Ramón Prida, un político y periodista cercano a Rosendo Pineda, fue un "*lapsus*"; para Mateo Podán, militar y periodista, fue un "disparate inconcebible", un "búcaro de rosas ocultando un petardo de dinamita". Por último, para Francisco Bulnes, intelectual en ocasiones útil pero siempre incómodo, la entrevista fue simplemente "fatídica e imbécil".

EFFECTOS Y RESPUESTAS

Hubo dos respuestas concretas al anuncio de Díaz de que no contendería por la presidencia en 1910: la primera sostuvo que no había quien pudiera y quisiera asumir ese reto; la segunda fue su obvia y previsible consecuencia: ante la ausencia de sustitutos capaces, se generalizó la solicitud de que Díaz permaneciera en la presidencia. Elegir potenciales candidatos era un problema complicado. El país se había acostumbrado a tenerlo en la presidencia. Esta actitud obstaculizó el natural proceso de maduración de la clase política y explica la afirmación de que del Río Bravo al Suchiate no se pudiera encontrar un solo hombre capaz de sustituir a don Porfirio.

La imposibilidad de encontrar a alguien con la capacidad suficiente para ser presidente incluía al propio Díaz. Aparentemente insatisfecho con su vicepresidente, mediante sus declaraciones a Creelman abrió la competencia sucesoria, rectificando su propia decisión de 1904 a favor de Corral, primera víctima aparente del reportaje. Menos lo satisfacía Reyes, de quien se había distanciado desde entonces. Atendiendo la instrucción de don Porfirio de que se le buscaran sustitutos, tíbiamente se empezaron a mencionar algunos nombres.

Sin embargo, tan pronto aparecían, o los propios mencionados se autodescartaban, como notoriamente lo hicieron Creel y Reyes, o eran rápidamente pulverizados por la crítica. Incluso se señaló que Díaz promovía este tipo de respuestas para propiciar que se le propusiera una nueva reelección.

Ante la ausencia de un sucesor plausible surgió un clamor que pedía la permanencia de Díaz. En todo caso, habría que dilucidar si tal cadena de súplicas estaba organizada de antemano, o si fue promovida luego de constatar don Porfirio la incapacidad o el desgano de sus posibles sucesores. También existe la posibilidad de que diversos políticos presionaran para que permaneciera en el puesto porque así convenía a sus intereses. Piénsese en los gobernadores: en el caso de que Díaz abdicara, ellos tendrían que seguir su ejemplo. Además, los grupos políticos gubernamentales necesitaban a don Porfirio porque éste era el único que tenía la capacidad de cohesionarlos. Por último, no estaban dispuestos a competir por el poder; deseaban heredarlo.

¿Mintió en realidad Díaz, pues era falso que estuviera dispuesto a separarse de la presidencia? ¿Fue hasta que vio las primeras muestras de respaldo que aceptó “sondear” el tema entre una clase política que de antemano sabía que lo respaldaría? ¿Es cierto que se desilusionó de sus principales colaboradores? ¿Decidió mantenerse en el puesto ante la movilización política que comenzó a desarrollarse después de publicado en español el reportaje? Para esta posibilidad recuérdese que don Porfirio había condicionado su retiro del poder en 1910 a que la oposición que se desarrollara fuera constructiva y propositiva, no destructiva. Como quiera que haya sido, dos o tres meses después de conocida la entrevista comenzaron a practicarse dos estrategias convergentes: por un lado, el aparato gubernamental solicitó al unísono la reelección de Díaz; por el otro, éste tuvo que negarse a comentar el reportaje, para evitar confirmarlo o desmentirlo, limitándose a afirmar que había recibido “numerosas solicitudes pidiéndole su aquiescencia para lanzar de nuevo su candidatura”. Sin embargo, revertir sus notorias declaraciones motivó un enojo generalizado. No sólo se reelegiría él en 1910, sino que después de haber generado tantas expectativas con sus promesas, al final no permitió cambio alguno, reeligiéndose también el impopular vicepresidente Corral.

Si Díaz traicionó en poco tiempo su no solicitado compromiso de abandonar el poder, ¿qué sucedió con su promesa de que apoyaría la creación de un partido político de oposición? Este tema también provocó respuestas diversas. Hubo muchos pesimistas, convencidos de que Díaz no cumpliría esta promesa sino que obstaculizaría la creación de tales instituciones, como lo había hecho a lo largo de treinta años. Ante esta vieja postura de don Porfirio, nadie había pretendido organizarse en un partido político. Ni siquiera los ‘científicos’, tan cercanos a él, habían aceptado ser un grupo formal. Tampoco habrían de hacerlo ahora. Ellos argumentaban que era a Díaz a quien le correspondía construir y encabezar el partido gobiernista. Obvio, necesitaban su popularidad y capacidad política.

Parecía que se impondría el desinterés por organizar auténticos partidos políticos, pues se aceptó que como primera condición se requería de una amplia clase media con cierta cultura política. A pesar de las dificultades, hubo quienes se decidieron a organizar las primeras instituciones partidistas. Los primeros que le tomaron la palabra a Díaz fueron los jóvenes que se lanzaron a crear el Partido Democrático. Todos ellos estaban vinculados al gobierno y algunos tenían apellidos notables. Contrarios al grupo ‘científico’, se apresuraron a organizarse mientras éstos sospechaban haber perdido la confianza de don Porfirio, tanto por la crisis económica que enfrentaba el país como por la impopularidad de Corral. Sin embargo, más que oponerse a Díaz, ellos pensaban en un relevo generacional y en un cambio en la vicepresidencia.

Además de los jóvenes del Partido Democrático estaba el movimiento reyista, limitado por su grave dualidad: el general Reyes confiaba en que don Porfirio se terminaría de desilusionar de Corral y de los ‘científicos’ y que lo invitaría a él a la vicepresidencia. Se quedó esperando. Igual que Díaz, Reyes seguía ubicándose en un México decimonónico, de caudillos. Parece no haberse dado cuenta de que ya había iniciado el siglo XX. Los reyistas, en cambio, estaban más sintonizados con su tiempo, por lo que pretendieron hacer una gran movilización nacional para demostrar a don Porfirio que Reyes era mejor compañero que Corral. Aunque crearon numerosos clubes y agrupaciones y aunque protagonizaron muchos mítines y manifestaciones, nunca lo convencieron. Para colmo, padecieron la descalificación de su propio caudillo.

Sin embargo, pronto surgió otra opción, con hombres “más enérgicos y resueltos”. Su líder sería Francisco I. Madero. Tan pronto leyó la entrevista Creelman, a pesar de desconfiar profundamente de ella comenzó a escribir un libro que le sirviera de guía y justificación para la creación de un partido político. Fue precisamente cuando don Porfirio revirtió sus promesas y decidió reelegirse otra vez que este movimiento adquirió nombre y objetivo: antirreeleccionismo.

Para mediados de 1908 la estrategia de Madero era clara: “explotar” las declaraciones pero no sólo como “salvoconducto” para organizar un partido político. Lo que pretendía era obligar a Díaz a que declarara otra vez sobre el año 1910 para no dejar que los compromisos se olvidaran. Para ello alentó a Filomeno Mata, el conocido director de *El Diario del Hogar*, a que solicitara a don Porfirio una entrevista como representante de varios periódicos mexicanos. De negarse, se confirmaría que se había privilegiado a un periodista extranjero. De concederla, Díaz tendría dos opciones: si ratificaba sus promesas, sería difícil que sus partidarios insistieran en su petición de que permaneciera en el puesto; si las enmendaba, fortalecería al naciente antirreeleccionismo. Así sucedió: don Porfirio negó la entrevista a Mata y en cambio le dirigió una carta en la que le decía que sus declaraciones a Creelman reflejaban tan sólo “un simple deseo personal”. El mensaje era claro: no había ningún compromiso oficial y la petición de cualquier institución política tendría más peso que su voluntad personal. Esta actitud provocó que el movimiento opositor creciera y se radicalizara.

VIDAS CRUZADAS

La entrevista Creelman es un ejemplo perfecto de una estratagema fallida. Apenas tres años después de publicada fue derrocado Díaz, quien no habría de pasar a la historia como el gobernante que en sus últimos tiempos propició el arribo de la democracia al país. Tampoco se cumplieron los pronósticos de ambos, pues don Porfirio y Creelman vaticinaron felices años para México. Sin embargo, sus biografías se mantuvieron entrecruzadas. Las relaciones entre el mandatario y el reportero no se limitaron a las conversaciones de finales de 1907. Desde entonces Díaz pensó en él para otros encargos, pues estaba satisfecho del resultado de la entrevista, al menos en su aspecto internacional. A finales de 1909, dos años después de su primera visita, Creelman estuvo de nuevo en México, por una estancia que se prolongó por más de dos meses. ¿Vino acaso a hacer una nueva entrevista, para justificar el inicio de la campaña reeleccionista? ¿Se pensó en otra entrevista para explicar a la clase política y a la opinión pública norteamericanas los motivos de don Porfirio para incumplir su promesa de retiro? Si bien en esta segunda estancia no hubo nuevas revelaciones presidenciales, Creelman aprovechó la ocasión para justificar que las promesas no se hubieran cumplido. Según Creelman, lo expresado por Díaz había sido un deseo, no un compromiso, pues los hombres de Estado genuinos —como lo era don Porfirio— ajustan su conducta “a las necesidades públicas del momento”, pues lo que hoy puede ser conveniente mañana puede no serlo.

¿Qué proyecto los volvió a unir? La respuesta seguramente está relacionada con una biografía sobre Díaz escrita por Creelman. Tal parece que se le encargó que escribiera una biografía para contrarrestar la pésima imagen que de don Porfirio habían dejado en Estados Unidos los escritos de John Kenneth Turner, agrupados luego en el libro *México Bárbaro*, en el que lo acusaba de ser un odioso dictador, culpable de que en México hubiera esclavitud. Las diferencias entre Creelman y Turner parten de sus claras diferencias ideológicas. Creelman se refiere a los escritos de Turner como “sensacionalistas y falsos”. Para responder a Turner, Creelman pasó un tiempo en Yucatán, lo que le permitió decir que sus afirmaciones contenían “tremendas inexactitudes”. Para preparar la biografía de Díaz, también pasó un tiempo en Oaxaca.

Además, Creelman asesoró a la embajada mexicana en Washington durante la lucha maderista, aconsejándole que al margen de sus negociaciones con las autoridades norteamericanas, contrataran directamente a ‘rangers’ que pudieran hacer una efectiva vigilancia fronteriza. También escribió artículos periodísticos contra la lucha armada, muy probablemente a cambio de algunos emolumentos. En estos nuevos escritos siguió elogiando a Díaz. En cambio, a los alzados los llama “guerrilleros irresponsables” y a Madero lo considera un “agitador” de ideas “socialistas”, originario... ¡de Sinaloa! En cuanto a las causas de la lucha, Creelman aseguraba que las masas mexicanas estaban incapacitadas racialmente para vivir democráticamente, lo que atribuye a que sus ancestros eran “pueblos orientales”; afirmaba también que las masas mexicanas tenían “una tendencia natural” hacia las “excitaciones revolucionarias”. En un sorprendente

reclamo a Díaz, Creelman aceptó que también influyó en el estallido revolucionario “el desencanto político” provocado a últimas fechas por don Porfirio. ¿Se referiría a las promesas incumplidas hechas mediante su conducto tres años antes?

Sus destinos se habían entrelazado. Ambos morirían pronto, en 1915. La entrevista los había unido inexorablemente, aunque de desigual manera: además de sus ingresos económicos, gracias a Díaz acrecentó Creelman su prestigio de entrevistador de personalidades, lo que le permitió conversar con el Káiser Guillermo II al inicio de la Primera Guerra Mundial. Don Porfirio, en cambio, inició con ella su derrumbe final. Por esto es que Creelman fue llamado periodista “agorero”, o más directa y simplemente, “ave de mal agüero”.

FLORILEGIO DE EPÍLOGOS

La conclusión biográfica es el recurso más constantemente usado por los historiadores. Permítaseme proponer otras posibilidades. Volviendo al inicio de mi discurso, las similitudes entre el mito de Pandora y la entrevista Creelman no deben exagerarse. Recuérdese que mientras Zeus sabía plenamente que la caja contenía innumerables males que habrían de esparcirse por el mundo, don Porfirio creía que sus promesas sólo traerían beneficios al país. Para entender sus declaraciones y la agitación provocada por éstas, acaso resulte más útil apelar a otro mito. Pienso ahora en Paul Dukas y en su poema sinfónico, basado en Goethe, sobre el ‘aprendiz de brujo’: como éste, Díaz no pudo controlar los elementos que desató: no se trató de cubetadas de agua sino de la movilización de las clases medias; prometió algunos cambios políticos y terminó siendo ‘barrido’ por una revolución. Sin embargo, este mito tampoco resulta apropiado, pues don Porfirio rebasaba con creces la edad de los aprendices.

Al contrario, era ya un anciano cuando fue entrevistado. Su vejez y su sorpresiva y no solicitada abdicación me recuerdan al rey Lear, quien todavía vivo decidió heredar su puesto y dominios a sus hijas y yernos. La decisión resultó fatídica: como Díaz, Lear fue primero elogiado y luego rechazado; como Lear, Díaz nunca aceptó su error; ambos murieron destronados luego de padecer crueles desengaños. La diferencia es que don Porfirio no era rey ni padeció traiciones familiares. La historia del rey Lear es una tragedia. Pensemos en un Shakespeare gracioso, en el de *La comedia de las equivocaciones*: en el México de entonces no vivían dos pares de gemelos permanentemente confundidos por la gente, pero en 1908 el autócrata se vistió de demócrata y el empresario de político.

Utilizar a Shakespeare me obliga, por nacionalismo lingüístico, a acudir a Cervantes, a partir del cual intentaré una explicación paremiológica de la entrevista Creelman. Recuérdese que don Quijote reprendía a Sancho Panza por usar tantos refranes, los que llegó a ensartar “de dos en dos”, pues no sabía “decir razón sin refrán”; pero recuérdese también que el mismo don Quijote aceptaba que no había refrán que no fuera verdadero, por ser “sentencias sacadas de la experiencia”. Los testimonios históricos nos dicen que don Porfirio, con más

experiencias que estudios, también era hombre de refranes. Siendo así, sorprende que un hombre de 78 años, la mayor parte de los cuales la había pasado luchando y gobernando, acumulando experiencias inigualables, olvidara que “es mejor no prometer, que prometer y no hacer”. En otras palabras, que es inadmisibles “cacarear y no poner huevos”. Ahora bien, si Díaz había hecho honestamente sus ofertas democratizadoras pero luego cambió de opinión y decidió no cumplirlas, olvidó el refrán que dice “nunca prometas de lo que te arrepientas”. En el caso de que lo dicho a Creelman fueran más mentiras que promesas incumplidas, debió considerar que “la mentira no vive larga vida”. Sobre todo debió saber que “mentir y comer pescado, requiere cuidado”.

Seguramente a muchos sorprendió que don Porfirio reflexionara sobre abdicación, democracia y oposición en términos doctrinarios, cuando toda su larga vida había sido un político práctico, olvidando que “lo viejo ya no aprende a hablar”. Seguramente sorprendió oír esos términos renovadores en quien encabezaba un gobierno que se había prolongado por treinta años y que se caracterizaba por su severidad. Ciertamente es que muchos concedieron que “mudan los tiempos y con ellos los pensamientos”, pero la palabra democracia en boca de don Porfirio obligaba a sospechar que “cuando el diablo reza, engañar quiere”.

Este fue el mayor problema de todo el proceso: el pueblo se sintió burlado. No hago un reclamo a los mexicanos de entonces. Sé que “las bellas palabras, a necios y a cuerdos engañan”. En todo caso, el resultado fue que Díaz tuvo que aprender, tardía y dolorosamente, que “lo prometido que no es dado, suele ser tomado”. Para colmo, don Porfirio menospreció a sus opositores y consideró imberbes a quienes deseaban la implantación de la democracia en México, olvidando que “hoy son caballos los que ayer eran potros”. Todos estos errores explican por qué don Porfirio “empezó cantando y acabó llorando”. En resumen, en el caso de la entrevista Creelman, a Díaz “le salió el tiro por la culata”. Ensartemos otro refrán cinegético: “al mejor cazador se le va la liebre”. Medida por sus resultados, la entrevista Creelman fue absolutamente fallida: obvio, “lo bien pensado nunca sale errado”.

Cada vez que el Quijote reprendió a Sancho por el desmedido uso de refranes, éste prometió enmendarse, lo que nunca pudo cumplir. Yo sí: no quiero que se arrepientan los miembros de esta Academia y me desconozcan por acudir a procedimientos ajenos a la disciplina del historiador profesional. Por lo tanto, propongo un último final, usando el método “contrafactual”: ¿qué hubiera pasado de no haber habido entrevista Creelman? ¿Hubiera habido Revolución Mexicana? ¿Hubiera roto el reyismo con don Porfirio? ¿Habrían surgido Madero y el antirreeleccionismo? Como todos ustedes saben, al método “contrafactual” le interesa plantear las preguntas, no responderlas. Sabe que las preguntas pueden ser incontables y que suelen llevarnos al problema de los orígenes de los procesos históricos. Así, ¿hubiera habido entrevista Creelman sin crisis económica previa? ¿La hubiera habido sin problemas diplomáticos entre México y Estados Unidos? ¿Habría sido necesaria sin la campaña de desprestigio en su contra sustentada por los magonistas exiliados en Norteamérica? ¿Y si don Porfirio no

hubiera tenido necesidad de suavizar su imagen, luego de las represiones en Cananea y Río Blanco? No sigo: el problema de los orígenes de los procesos históricos no tiene límite. Así lo entendió Jorge Luis Borges, quien se preguntó:

¿Qué Dios / detrás de Dios / la trama empieza?

Al principio de esta lectura advertí que Daniel Cosío Villegas había dicho que la entrevista Creelman había provocado muchos escritos, desgraciadamente poco útiles. Confío en que mi estudio lo hubiera complacido. Me preocupa también Beatriz de la Fuente, denigrar su silla. Por cierto, en su discurso de ingreso a esta Academia, leído en 1999, citó al maestro Jorge Alberto Manrique al decir que “la historia del arte es, primero, historia, y sólo después, del arte”. Ahora yo parafraseo a ambos: la historia política es historia, pero también es política. El historiador de la política suele ubicarse en tres tiempos: pasado, presente y futuro. Así, hoy podríamos preguntarnos por las similitudes y diferencias entre nuestro México y el de hace cien años, así como por las enseñanzas de la entrevista Creelman: ¿contamos hoy con políticos dispuestos a reconocer que su ciclo histórico ha concluido? ¿Tiene la sociedad mexicana la cultura política adecuada para sustentar un régimen democrático? Si bien contamos ya con partidos políticos, ¿no lastiman estos el progreso del país? ¿No merecerían ser refundados? ¿Son distintos los periodistas de hoy al mercenario y sensacionalista James Creelman? ¿Son mejores nuestros medios de difusión que el oficioso *Imparcial*? Por último, ¿contamos hoy con una sociedad dispuesta a organizarse y movilizarse pacíficamente de constatar que los políticos nos engañan?

Basta. He vuelto a alejarme de la historia. Espero que los miembros de esta Academia no se arrepientan de haberme abierto sus puertas. Por lo menos pueden estar seguros de que mi amor por la Historia es tan grande como su generosidad. ¿Por qué amo la Historia? Porque es un conocimiento hermoso y útil, pero también la amo porque me ha enseñado que los procesos históricos, como los biográficos, son diversos y complejos; que unos son prolongados y otros son breves; que al interrumpirse, como algunas vidas humanas, el proceso histórico toma otro curso. Los procesos históricos nunca se detienen, aunque muchas veces evolucionan por derroteros distintos a los iniciales. El conocimiento de la historia me ha permitido entender esto. Para el conocimiento histórico no hay etapas trucas ni desviadas; todas forman parte del proceso histórico. El conocimiento histórico me ha ayudado a entender mi proceso biográfico, con mis etapas trucas y mis reorientaciones. Me ha enseñado que el pasado nunca se olvida, y que el futuro se construye en el presente. Por eso amo la Historia, y por eso dedico este discurso a mis ausencias y a mis presencias.

BIENVENIDA A JAVIER GARCIADIEGO

Por Enrique Krauze

La Academia Mexicana de la Historia se complace hoy en dar la bienvenida a uno de los historiadores más serios de este país: el Doctor Javier Garciadiego Dantán. En la larga tradición, más o menos democrática, de nuestra Academia, no creo que hayan sido muchos los casos que, como el de Javier, hayan contado no sólo con una votación unánime sino absolutamente unánime. El Doctor Garciadiego ganó, como en los viejos tiempos, con “Carro completo”, pero su forma de ganar este sitio –nada menos que el que ocupaba la inolvidable Beatriz de la Fuente– fue con todas las de la ley, por sus altos méritos, por el trabajo esforzado y tenaz que ha desplegado a lo largo ya de 25 años en los variados ámbitos de la vida académica.

El texto que acabamos de escuchar es buen ejemplo de su seriedad. Garciadiego ejerce la historia, en principio, como se ejercía antes; como siempre –me parece– debió ejercerse: como un llamado cívico. Así se entiende la elección de su tema. Hablar de la entrevista Díaz-Creelman hoy es un acto cívico, un modo de conmemorar su centenario y cuidar la memoria. Un país demasiado fijo en su pasado –en las discordias de su pasado– puede incurrir en desvaríos y limitar las opciones del presente; pero un país que descuida su memoria puede desvariar también, por falta de identidad. Garciadiego sabe que el recuerdo de esa entrevista, en la que Díaz fingió (o fingió que fingía) su voluntad de abrir paso a la democracia, es una pieza esencial de nuestra memoria y ha hecho bien en recrearla de modo tan cabal. Pero sabe también que aquellos temas políticos que Díaz y Creelman abordaron en los pasillos y miradores de Chapultepec son tan vigentes ahora como entonces: el poder, la libertad, la democracia. Y no podemos fingir (ni fingir que fingimos) haberlos resuelto.

El texto revela las preferencias vocacionales de Javier. Desde hace mucho tiempo se ha dedicado primordialmente a la historia política de la Revolución, enseguida a la historia cultural y también a la intersección de ambas. Como experto en esos temas, es natural que desembocara –como muchos de nosotros, más de una vez– en la célebre “entrevista Díaz-Creelman” para preguntarse por su sentido. La entrevista, como muestra Garciadiego, fue una especie de terremoto político –inesperado, como todos– que no sólo cimbró a la gerontocracia gobernante sino a toda la clase política.

Daniel Cosío Villegas decía que sobre la entrevista Díaz-Creelman se había “escrito mucho pero con poco acierto”. Garciadiego puede estar satisfecho: escribe sobre ella con indudable acierto. El trabajo que hemos escuchado aborda exhaustivamente en el contenido político de la entrevista. (No es el único, por cierto, que la entrevista admite. A mí me ha parecido siempre más valiosa la parte biográfica en la que Díaz –cosa rarísima en él– se exhibió en reflexiones sobre los

indios, la Iglesia, la huella de España y hasta las corridas de toros: es casi la única vez que podemos “escuchar” a Porfirio.) Pero desde el ángulo que legítimamente le interesa, Javier recorre casi todos los aspectos posibles: la naturaleza del texto (la descripción somera de su estructura y contenido, del medio que lo publicó y del que lo reprodujo), los interesantes pormenores sobre el modo en que se pactó y negoció, el perfil del entrevistador James Creelman (al que sólo faltó agregar sus increíbles peripecias en la Guerra del 98 entre Estados Unidos y España). Luego de describir el contexto, Garciadiego –como un Sherlock Holmes acucioso y retrospectivo– se concentra en el enigma que desveló a los contemporáneos: ¿Por qué la Esfinge –como le decía Federico Gamboa– salió de su proverbial silencio, y habló? ¿Por qué “alborotó a la caballada”?

Garciadiego desmenuza los posibles objetivos internos y externos y calibra finamente el grado en que, por lo menos en México, no fueron alcanzados. Quizá lo más instructivo es el sistemático levantamiento (basado en una bibliografía impresionante) sobre la confusa recepción de la entrevista. Ahí están, con todo detalle, las alarmas de sus allegados, las lamentaciones de sus simpatizantes, las albricias de sus opositores. La entrevista resultó contraproducente. La pregunta, como es natural, queda en el aire, entre otras cosas porque la Esfinge no confiaba sus motivos ni a su almohada. ¿Por qué habló el oráculo y desató el pandemio? Acaso ni el propio Porfirio Díaz –con toda su solidez– sabía la respuesta.

Lo que nosotros sí sabemos es que Javier Garciadiego tiene méritos más que suficientes para estar aquí, con nosotros, y que su presencia ayudará mucho a esta Academia. Ha escrito libros sólidos. Su filiación universitaria se engarzó con su amor por la Revolución y dio pie a una síntesis feliz, su tesis doctoral en Chicago: el interesante estudio de la Universidad en la Revolución y de la Revolución en la Universidad, que se publicó en 1996 con el título –idiosincrático, digamos– de *Rudos contra científicos*. En esas dos vertientes –la cultura y la política, la Universidad y la Revolución, ha caminado su trabajo académico y su obra.

En los años ochenta, Javier se desempeñó como Secretario Académico del Centro de Estudios sobre la Universidad. Allí alentó y realizó él mismo investigaciones culturales sobre la Universidad y los universitarios que han visto la luz como libros, folletos, artículos o conferencias. Justo Sierra, Henríquez Ureña, Vasconcelos, Gómez Morín han sido para Javier personajes de cabecera. De esa misma raíz proviene su libro sobre Alfonso Reyes.

Javier fue también Director del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. Allí realizó una labor de gran mérito: editó libros clásicos que estaban en el olvido, organizó la compilación de utilísimos diccionarios, organizó coloquios y concursos, dio becas. Convirtió un pesado elefante en una gacela. Su exitosa labor no pasó inadvertida a las autoridades de El Colegio de México, de cuyo Centro de Investigaciones Históricas formaba parte. Esa labor fue una razón más, entre muchas, para llevarlo a la Presidencia de esa entrañable institución.

Suplico a ustedes excusarme la impertinencia de no hacer la reseña (ni siquiera somera) de las fructíferas actividades académicas de Javier que constan en su currículum: docencia, dirección de tesis, participación en cientos de seminarios, conferencias, congresos, comités, consejos etc... Prefiero hablar de sus empeños como promotor del trabajo en equipo y poner de relieve, por ejemplo, una obra que se anuncia como de próxima publicación sobre los "Exiliados de la Revolución". La espero con ansia. Me atrevo a mencionar también una deuda que Javier y su grupo tienen con la cultura de México y con ese hombre que la sirvió tanto, con José Luis Martínez: me refiero al *Diario* de Alfonso Reyes. Ojalá lo terminen bien, y ojalá lo terminen pronto.

Conocí a Garciadiego a principio de los ochenta y no olvido las circunstancias. Trabajaba yo en mis biografías y necesitaba con desesperación un acceso rápido a libros de toda índole. Javier me invitó a la biblioteca que tenía —si no me equivoco— en la casa de sus padres en la colonia San José Insurgentes. Recuerdo los estantes de metal y el orden perfecto. Todo lo que yo necesitaba estaba allí, sobre todo lo relativo a la etapa que a Javier le interesaba más, el carrancismo. Javier admiraba a Carranza por razones que en ese momento se me escapaban pero que (gracias en parte a nuestras charlas) comprendí: Carranza, el menos brillante de los caudillos, había sido el más sabio, también el más complejo y trágico. Aquel día salí cargado de libros y folletos que me fueron de inmensa utilidad. Con su hermosa letra "palmer" y su decencia característica, en una hoja blanca Javier me mandó la lista de los libros. Creo —*mea maxima culpa*— que hasta la fecha le debo algunos.

Esa estampa retrata a Javier Garciadiego. Ese amigo cuatro años menor que yo (pero ya perteneciente a otra generación) amaba la historia de un modo genuino que me emocionó. ¿Cuál fue el origen de su vocación? De su maestro Gastón García Cantú —ahora olvidado— había aprendido la emoción de la historia y la noción de las fuerzas personales que inciden en su azaroso destino. De su maestro el admirable Federico Katz aprendería el rigor científico, la noción de las fuerzas impersonales que hasta cierto punto condicionan ese destino. Pero más allá de esa síntesis vocacional, lo que caracterizaba desde entonces a Garciadiego era su actitud, infrecuente —créanme ustedes— en este gremio. Esa actitud tiene tres nombres. Se llama generosidad, se llama humildad, se llama caballerosidad.

La obra escrita, la obra docente y la obra de promoción cultural de Garciadiego ha sido muy apreciable y lo será más. Pero hay una obra suya que ya es redonda y plena. Nada hay que agregarle: es su persona.